
ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Londres.—Una habitación en el Palacio.

Entran el REY EDUARDO, conducido por servidores, y enfermo; la REINA ISABEL, DÓRSET, RIVERS, HASTINES, BÚCKINGHAM y acompañamiento.

REY ED. Sí tal. Bien empleado ha sido el día.—
En esta unión continuad, señores;
Que la misión que viene á redimirme
Del Redentor espero á cada instante.
Puse en la tierra en paz á mis amigos:
Ascienda mi alma, pues, en paz al cielo.
Daos las manos sin oculto encono
Rivers y Hastines, y amistad juraos.

RIVERS. Juro que libre está de odio mi alma;
Y mi franca amistad mi mano sella.

HASTIN. Por mi vida, también lo propio juro.

REY ED. No finjáis ante el Rey; no falle, viendo
La oculta falsedad el Rey de Reyes,
Que por mano de uno el otro muera.

HASTIN. De mi amistad purísima protesto.

RIVERS. Yo que de corazón á Hastines amo.
 REY ED. Ni á tí te quiero exceptuar, esposa.
 Ni á tí Dórset; ni á Búckingham tampoco.
 Todos enemistados estuvisteis.
 Da la mano á besar al Conde, esposa:
 Amigos sed, y deponed rencores.
 ISABEL. Hastines, por la suerte de mis hijos
 Juro que olvido los pasados odios.
 REY ED. Dadle un abrazo, Dórset: vos, Hastines,
 Abrazad al Marqués.
 DÓRSET. Será inviolable
 Para mí la amistad que nos juramos.
 HASTIN. Y yo también lo juro. (Abrazando á Dórset.)
 REY ED. Gran Búckingham, sellad esta alianza
 Abrazando á los deudos de mi esposa,
 Y promoved en vuestra unión mi dicha.
 BÚCKING. (A la Reina.)
 Si Búckingham rencor, señora, os guarda,
 Si hacia vos y á los vuestros no evidencia
 Su cariño leal, Dios lo castigue
 Con el odio del sér que más amare.
 Cuando más necesite de un amigo,
 Y más seguro esté de que es amigo,
 Artero, infiel, traidor y mentiroso
 Lo encuentre por su mal. Dios lo permita
 Si á los vuestros ó á vos frialdad mostrare.
 REY. ED. Grato cordial es, Búckingham excelso,
 Para mi enfermo corazón oiros.
 No falta más que nuestro hermano Glóster
 Para dar fin á tan benditas paces.
 BÚCKING. Llega á tiempo feliz el noble Duque.

Entra GLÓSTER.

GLÓSTER. Guarde Dios á los Reyes mis señores.
 Felices días, eminentes Pares.
 REY ED. Francamente, feliz ha sido el día.
 Actos piadosos he cumplido, hermano,
 Al convertir entre estos dignos nobles
 En paz la saña y en amor el odio.
 GLÓSTER. Obras son meritorias, Rey excelso.
 Si en tal noble reunion hubiese alguno
 Que, por error ó por falaz indicio,
 Enemigo me juzgue;
 Si á alguno de vosotros hiee ofensa,
 Ignorante ó colérico, deseo
 Vivamente con él reconciliarme:
 Es para mí la enemistad la muerte:
 Yo la detesto; y el amor ansío
 De los hombres de bien.—Con vos, señora,
 Quiero en primer lugar hacer las paces,
 Que serán con mis actos conquistadas;
 Con vos, mi primo Búckingham, si hubo
 Causa de disensión entre nosotros;
 Con Rívers y con Grey, que sin motivo
 Con ceño me miraron.—Duques, Condes,
 Señores, Caballeros, hablo á todos.
 Cual criatura nacida en este instante,
 Ignoro que un inglés siquiera viva
 Con quien esté mi espíritu en discordia:
 Y doy por mi humildad á Dios las gracias.
 ISABEL. De hoy mas éste será día de fiesta.
 Pluguiera á Dios que terminada fuese
 Así toda discordia.—Dueño mío,
 Vuelve á tu gracia á nuestro hermano Clárens.
 GLÓSTER. Señora, ¿y para ser así tratado
 En presencia Real mi amor os brindo?
 ¿Quién ignora que ha muerto el pobre Duque?

¡No es justo que á un cadáver se escarnezca!

RÍVERS. ¿Quién ignora que ha muerto? ¿Quién lo sabe?

ISABEL. ¡Omnipotente Dios, qué mundo es éste!

BÚCKING. ¿Pálido estoy como vosotros, Dórset?

DÓRSET. Sí, señor, y de todas las mejillas
De los presentes el color ha huido.

REY ED. ¿Ha muerto Clárens? Revoqué la orden.

GLÓSTER. Pero ¡infeliz! matólo la primera,
Que debió conducir Mercurio alado.
Llevó la contra orden algún cojo,
Que ni á ocasión llegó de ver su entierro.
¡Quiera Dios que persona menos noble,
Menos leal, y por la sagre unida
Menos que por tendencias sanguinarias,
No tenga fin peor que el pobre Clárens,
Ni sospechas jamás á nadie infunda!

Entra STÁNLEY.

STÁNLEY. Una gracia, señor, por mis servicios.

REY ED. ¡Por Dios, callad! La pena mi alma embarga.

STÁNLEY. Sin que me oigáis, señor, no me levanto.

REY ED. Vuestra súplica, pues, decid al punto.

STÁNLEY. De un mi sirviente ¡oh Rey! pido la vida.
Dió muerte á un turbuiento caballero
De la casa del Duque de Norfoquia.

REY ED. ¿La lengua que á mi hermano dió la muerte
Será la lengua que perdona á un siervo?
Él no ha matado. Fué pensar su falta,
Y la muerte feroz fué su castigo.
¿Quién me pidió por él? ¿Quién en mi furia
Se arrodilló á mis pies para calmarme?
¿Quién de fraternidad ó amor ha hablado?
¿Ni quién me recordó que al fiero Várvic
El infeliz dejó por causa mía?

¿Ni quién que me salvó, cuando vencido
Me hallaba yo con Óxford en Tuxburia;
Diciendo «Rey serás, querido hermano»?
¿Ni quién como en el campo de batalla,
Helados ambos, me arropó; y, desnudo,
Soportó la inclemencia de la noche?
Esto de mi memoria, fiera saña
Criminal arrancó; ¡pero ni uno
Por caridad me lo advirtió siquiera!
Mas si un carrero vil, ó humilde siervo,
Harto de vino, mata y aniquila
De nuestro Redentor la hermosa imagen,
Por él pedís perdón: perdón de hinojos,
Que mi justicia concederos debe.
¡Mas por mi hermano no pidió ni uno!
¡Ni aún yo, cruel, por ese desgraciado
A mí mismo pedí! Todos favores,
Aun los más encumbrados, le debisteis;
¡Mas nadie suplicó por esa vida!
La cólera de Dios caerá por esto
Sobre mí, sobre vos y nuestros hijos.
A mi cámara Hastines conducidme.
¡Ay desgraciado Clárens!

(Vanse el Rey Eduardo, la Reina Isabel, Hastines, Rívers
Dórset y Grey).

GLÓSTER. ¡La precipitación da tales frutos!—
¿De Clárens al saber el fin, no visteis
Pálidos á los deudos de la Reina?
Instigadores fueron de su muerte.
¡Dios los castigue!—Pero entrar debemos.
Consolará nuestra presencia á Eduardo.

BÚCKING. Vamos con vuestra Alteza. (Vanse).

ESCENA II.

Londres.—Otra habitación del Palacio.

Entran la DUQUESA DE YORK con un HIJO y una HIJA de Clárens.

HIJO. Decid, abuela, ¿ha muerto nuestro padre?

DUQUESA. No, niño.

HIJA. Pues, entonces,

¿Por qué lloráis y os golpeáis el pecho;
Y exclamáis «pobre Clárens, hijo mío»?

HIJO. ¿Por qué, al vernos, movéis vuestra cabeza;
Y, sin hogar, y huérfanos, y pobres
Nos llamáis, si mi noble padre vive?

DUQUESA. Ambos os engañáis, preciosos nietos.
La dolencia del Rey me desazona;
Su mal, no que haya muerto vuestro padre.
¿Es inútil llorar á quien se pierde!

HIJO. Abuela, me decís así que ha muerto.
Toda la culpa es del Rey, mi tío.
Mas Dios nos vengará. Constantemente
Le rezaré para alcanzar su ayuda.

HIJA. Yo también he de hacerlo.

DUQUESA. Callad, hijos, callad. El Rey os ama,
Infelices y ciegos inocentes.
Ignoráis quién dió muerte á vuestro padre.

HIJO. Abuela, no; pues Glóster, mi buen tío,
Me dijo que, inducido por la Reina,
El Rey cargos fraguó para perderlo.
Al decirlo, de lástima lloraba,
Bondadoso besando mis mejillas;

Y que fiara en él como en mi padre,
Pues me amaría siempre cual á un hijo.

DUQUESA. ¿Que el engaño tan bellas formas tome
Y antifaz de virtud al vicio encubra!
Es hijo mío—para oprobio mío—
¿Mas no mamó á mis pechos tanto dolo!

HIJO. ¿Y pensáis que mi tío me engañaba?

DUQUESA. Hijo, sí.

HIJO. No lo creo. ¿Mas qué ocurre?

Entra la REINA ISABEL acongojada. La siguen RÍVERS
y DÓRSET.

ISABEL. ¿Quién me podrá impedir que gima y llore,
Que mi suerte maldiga y me atormente?
Enemiga, cual tú, contra mi alma
Yo, desesperación, á tí me uno.

DUQUESA. ¿Esta escena cruel qué significa?

ISABEL. Es un acto de trágica violencia.
Eduardo ha muerto, mi señor, tu hijo,
Y nuestro Rey.—¿Por qué, perdido el tronco,
Las ramas crecen, y por qué las hojas
No se marchitan al faltar la savia?
¿Queréis vivir?—Llorad.—¿Morir?—Sed breves;
Y alcance den al Rey las almas nuestras,
Y, cual vasallos, á su nuevo reino
De eterna paz, sigámoslo leales.

DUQUESA. ¡Ah! mi interés en tu dolor, pregona
El lazo que á tu esposo me ligaba.
Lloré la muerte de mi digno esposo,
Y viendo sus imágenes vivía.
Mas dos espejos de su augusta forma
Rotos están por la implacable muerte,
Y un espurio cristal sólo me resta
Para tormento al reflejar mi oprobio.

Eres viuda tú, pero eres madre,
Y te queda el consuelo de tus hijos.
De mis brazos la muerte hurtó á mi esposo,
De mis manos dos báculos me usurpa:
Eduardo y Clárens. ¡Ah! razón me sobra,
Siendo tu pena parte de la mía,
Para ahogar tus sollozos y gemidos.

HUJO. Por la muerte de padre no llorasteis,
¿Cómo puede ayudaros nuestro llanto?

HUJA. Nuestra triste orfandad no fué llorada;
Vuestra viudez tampoco lloraremos.

ISABEL. No me ayudéis en mi dolor, que estéril
No seré para dar á luz mis quejas.
Mil manantiales á mis ojos fluyen;
Y en mí la luna su influencia ejerce
Para ahogar con mis lágrimas al mundo.
¡Ay por mi esposo, por mi amado Eduardo!

HUJOS. ¡Por nuestro padre idolatrado Clárens!

DUQUESA. ¡Por ambos, por Eduardo y por mi Clárens!

ISABEL. ¿Qué otro vínculo tuve sino Eduardo?

HUJOS. ¿Qué vínculos tuvimos sino Clárens?

DUQUESA. ¡Esos solos dos vínculos tenía!

ISABEL. Pérdida igual ¿qué esposa nunca tuvo?

HUJOS. Pérdida igual ¿qué huérfanos tuvieron?

DUQUESA. Pérdida igual ¿qué madre tuvo nunca?

¡Ay, la madre soy yo de estas desdichas
Que lloráis parceladas, yo completas!

¡Por Eduardo ella llora y yo lo lloro!

¡Lloro por Clárens y ella no lo llora!

¡Lloran, cual yo, por Clárens estos niños,

Mas no lloran cual lloro por Eduardo!

¡Ay, los tres sobre mí, tres veces triste!

Llorad.—Nodriz de la pena vuestra,

Yo la alimentaré con mis sollozos.

DORSET. Madre querida, calma: Dios se ofende
Si, humildes, sus preceptos no acatamos.

Falta de gratitud estima el mundo
Pagar á un acreedor de mala gana.

Es peor contra el cielo rebelarse
Si exige que paguemos nuestra deuda.

RIVERS. Cual tierna madre, recordad, señora,
Al hijo vuestro; al príncipe. Llamadle;
Coronémosle. En él tendréis consuelo.
Del muerto Eduardo ahogad en el sepulcro
Vuestro dolor: sembrad la dicha vuestra
Del vivo Eduardo en el naciente trono.

Entran GLÓSTER, BUCKINGHAM, STANLEY,
HASTINES, RATCLIFIO y otros.

GLÓSTER. Cálmate, hermana. Todos con motivo
De este astro hermoso la extinción lloramos.
Mas nadie con llorar sus penas cura.—
Señora madre, perdonadme os ruego.
No os ví. De hinojos pido, humildemente,
Que aquí me bendigáis.

DUQUESA. Dios te bendiga.
La humildad, el amor y la obediencia,
La sumisión y la piedad te infunda.

GLÓSTER. Amén. (Aparte.) Y muere virtuoso anciano.
Final de toda bendición materna:
Me extraña que dejara de incluirlo.

BUCKING. Príncipes tristes y apenados Pares,
Que el grave peso del dolor agobia,
Con cariño recíproco animaos:
De este Rey recogimos la cosecha:
A recoger la que nos brinda el hijo.
De nuestros pechos la deshecha saña,
Recién entablillada y adherida,

Con esmero cuidad y con cariño.
 Juzgo oportuno que con poca gente
 De Ludlo al joven Príncipe traigamos,
 Y al punto en Londres rey lo coronemos.

RIVERS. Mas, Búckingham. ¿por qué con poca gente?

BÚCKING. Señor, porque quizás, si fueran muchos,
 La herida del rencor, recién curada,
 Nuevamente se abriera; riesgo grave
 Aun naciente el Estado y sin gobierno.
 Cuando cada corcel manda en sus riendas
 Y puede caminar á su albedrío,
 No el mal tan sólo precaverse debe:
 Hasta el temor del mal debe evitarse.

GLÓSTER. Pienso que el Rey nos puso en paz á todos,
 Y pacto es ese para mí sagrado.

RIVERS. Y para mí, cual para todos, creo.
 Mas, puesto que es reciente, que peligre
 No es justo; lo que acaso sucediera
 Si muchos ese séquito formasen.
 Por lo tanto, cual Búckingham, opino
 Que ir deben por el Príncipe muy pocos.

HASTIN. Es mi opinion la misma.

GLÓSTER. Bien está. Decidamos al instante
 Quiénes ir deberán á Ludlo luego.
 ¿Queréis, señora, y vos ir, madre mía,
 A dar vuestra opinion en este asunto?
 (Vanse todos menos Glóster y Búckingham.)

BÚCKING. Que vaya por el Príncipe quien vaya,
 Por Dios, señor, que aquí no nos quedemos;
 Que yo hallaré ocasión en el camino,
 Cual prólogo á la historia de que hablamos,
 Para lograr que los altivos deudos
 De la Reina, del Príncipe se aparten.

GLÓSTER. ¡Mi otro yo! ¡Mi secreto consistorio!

¡Mi oráculo y profeta! ¡Dendo caro!
 Vuestro consejo, como niño, sigo:
 A Ludlo, pues, y atrás no nos quedemos. (Vanse.)

ESCENA III.

Londres. — Una calle.

Entran dos CIUDADANOS encontrándose.

CIUD. 1.º ¿Adónde vais, vecino, con tal prisa?

CIUD. 2.º Juro que no lo sé. ¿No habéis oído
 Las nuevas hoy?

CIUD. 1.º Sí tal, que el Rey ha muerto.

CIUD. 2.º Pues malas nuevas nunca se mejoran:
 Temo que el mundo marche á tropezones

Entra un tercer CIUDADANO.

CIUD. 3.º Dios os guarde, señores.

CIUD. 1.º Buenos días.

CIUD. 3.º ¿Es de nuestro buen Rey cierta la muerte?

CIUD. 2.º Sí, señor, es verdad. ¡Dios nos ampare!

CIUD. 3.º Pues entonces veréis revuelto el mundo.

CIUD. 1.º No, no tal. Dios querrá que reine el hijo.

CIUD. 3.º Desgraciado el país que un niño rige.

CIUD. 2.º Esperanzas en él hay de gobierno:
 En su menor edad será guiado;
 Y, ya maduro en años, por sí solo
 Gobernará.

CIUD. 1.º Cuando á los nueve meses
 Coronado en París fué Enrique sexto,
 En este estado la nación se hallaba.

- CIUD. 3.º ¿De veras? Nó, señores. Dios me ampare.
Entonces un tesoro poseía
De sagaces y graves consejeros,
Y amparaban al Rey sus nobles tíos.
- CIUD. 1.º Los tiene éste también por padre y madre.
- CIUD. 3.º Parientes de su padre fueran todos,
O parientes de padre no tuviese.
La emulacion, si Dios no lo remedia,
Por cerca estar, de cerca va á locarnos.
Es el Duque de Glóster riesgo grave,
Y altivos y ambiciosos son los hijos
Y hermanos de la Reina. Dominados,
No dominando, florecer podría,
Quizás, cual antes la enfermiza patria.
- CIUD. 1.º Tememos lo peor. Bien irá todo.
- CIUD. 3.º Coge el sabio la capa si ve nubes;
El deshoje señal es del invierno;
Traspuesto el sol ¿no llegará la noche?
¿Hambre no augura lluvia intempestiva?
Todo irá bien. Mas si eso Dios permite,
Ni merecemos tanto, ni lo espero.
- CIUD. 2.º En todo corazón el miedo impera,
Apenas hay quién no contemple males.
- CIUD. 3.º Antes que llega el mal así sucede;
Pues, por instinto divinal, el alma
Teme el próximo daño: cual las olas
Que antes que llega la borrasca rugen.
Pero dejadlo á Dios. ¿Adónde iremos?
- CIUD. 2.º Nos ha citado el Juez y á verlo vamos.
- CIUD. 3.º Me ha citado también. Iremos juntos. (Vanse.)

ESCENA IV.

Londres.—Habitación en el Palacio.

Entran el ARZOBISPO de York, el joven Duque de YORK,
la Reina ISABEL y la DUQUESA de York.

ARZOBIS. En Norzámpton anoche pernoctaron;
Deben llegar á Státford esta noche,
Y mañana ó pasado los veremos.

DUQUESA. Ansío ver al Príncipe: crecido
Sin duda lo hallaré.

ISABEL. No; pues me dicen
Que mi hijo York en talla lo aventaja.

YORK. Sí, madre; mas oírlo me disgusta.

DUQUESA. Nieto mío, crecer es conveniente.

YORK. Una noche al cenar, Rívers, mi tío,
Dijo, abuela, que yo más alto estaba
Que mi hermano.—«Sí,» dice tío Glóster,
«Virtud la planta diminuta ofrece,
Pero la mala hierba pronto crece».
Desde entonces crecer tanto no quiero,
Pues lentas crecen las hermosas flores
Y rápida la hierba.

DUQUESA. ¡Vaya! ¡Vaya!
No debe hablar así quien eso dijo.
Era tan diminuto cuando joven,
Y creció tan despacio, que repleto
De virtud, según él, estar debía.

ARZOBIS. Ni cabe duda que lo está, señora.

DUQUESA. Así lo espero; mas las madres dudan.

YORK. A fe que, si lo hubiera recordado,

Con creces esa broma de mi tío
Referente á crecer devuelto hubiera.

DUQUESA. ¿Cómo, querido York? Bflo, te ruego.

YORK. Pues dicen que mi tío tan de pronto
Creció, que á las dos horas pan roía:
Dientes no tuve yo ni á los dos años.
Muerde la broma á mi entender, abuela.

DUQUESA. ¿Y quién eso afirmaba, York querido?

YORK. Abuela, su nodriza.

DUQUESA. ¡Su nodriza!

¡Si muerta estaba cuando tú naciste!

YORK. Entonces quién lo dijo no recuerdo.

ISABEL. Charlatán, por demás eres agudo.

ARZOBIS. No os enojéis, señora, con el niño.

ISABEL. Oír suelen las paredes.

Entra un MENSAJERO.

ARZOBIS. Ahí llega un mensajero. ¿Qué noticias?

MENSAJ. Señor, noticias que diré con pena.

ISABEL. ¿Y el Príncipe?

MENSAJ. Salud, señora, goza.

DUQUESA. ¿Qué noticias son, pues?

MENSAJ. Que van los Condes

Rivers y Grey con Vógan prisioneros.

DUQUESA. ¿Quién los envía?

MENSAJ. Los potentes Duques

De Búckingham y Glóster.

ARZOBIS. ¿Por qué causa?

MENSAJ. Lo que sé, ya os he dicho. Desconozco

La causa que á la cárcel los conduce.

ISABEL. ¡Ay! ¡la ruina de mi casa veo!

¡Clavó sus garras en la cierva el tigre,

Y la insultante usurpación se cierne

Sobre un trono indefenso y sin prestigio!

¡Venid, matanzas, destrucción y sangre!

¡Cual en un cuadro el fin de todo veo!

DUQUESA. ¡Malditos días de feroces luchas,

Cuántos vieron pasar los ojos míos!

De la corona en pos murió mi esposo;

¡Y á la par del vaivén de la fortuna

De mis hijos, lloré, gocé cien veces!

Y en paz, y las domésticas discordias

Apagadas al fin y victoriosos,

Luchan aún hermano contra hermano,

Contra su sangre, contra sí.—¡Maldita

Absurda furia criminal, acaba,

O muera yo sin contemplar más muertes!

ISABEL. A un santuario ven, niño, conmigo.

Adiós, señora.

DUQUESA. Acompañaros quiero.

ISABEL. Vos temer no debéis.

ARZOBIS. (A la Reina Isabel.) Idos, señora,

Llevándoos vuestros bienes y tesoros.

Por mi parte resigno en vuestras manos

Mi sello ya; y, ocurra lo que ocurra,

Amparo en mí tendréis vos y los vuestros.

Dejad que os lleve, pues, al santuario. (Vanse.)